

TEORÍA PARA LA TRANSICIÓN HACIA LA DEMOCRACIA EN CUBA

Salvador E. Subirá

El ensayo *Teoría para la transición hacia la democracia en Cuba*, como hemos visto, no es un manifiesto sino un análisis. En él se observa la circunstancia actual de la isla como una carta náutica que indica las tierras bajas, las corrientes y los escollos represivos que amenazan la navegación de los opositores que buscan el puerto democrático.

Ética, Derechos Humanos y Sociedad Civil son códigos ineludibles que dinamizan y disciplinan al individuo y al orden social para el trabajo de construcción de ese camino. Pero ahora hablaremos de los obstáculos que hay que vencer en cuatro niveles: el político, el económico, el cultural y el internacional.

POLÍTICO

Empezando por el político, es obvio que el paso de un totalitarismo a una democracia requiere necesariamente de una transición. La frecuente ocurrencia de transiciones en tiempos recientes ha favorecido la aparición de una “transitología” que las registra. Y queremos preguntarnos ¿es qué está ocurriendo una transición en Cuba?, y de ser cierto ¿cuál es su estructura? Pero la hipótesis de que en Cuba hay una transición en proceso desafía la teoría clásica por comparación, ya que en el caso cubano hay una notable ausencia de constantes que sí han aparecido en las transiciones contemporáneas.

Las clásicas resultan de un acontecer pero sin planeamiento; en Cuba está ocurriendo un planeamiento para que ocurra.

Las clásicas ocurren por fuertes acciones políticas que desbordan a otros sectores; en Cuba, no sólo no es

así, sino que no hay espacio político para que ocurra una acción política fuerte.

En las clásicas los poderes económicos usan su influencia para producir el cambio político; en Cuba todo el control de la economía es del Estado.

Las clásicas ocurren sin dudas de que la democracia representativa, el pluripartidismo y las elecciones libres son fines legítimos; en Cuba la manipulación oficial de sucesivas generaciones las hace dudar.

Las clásicas no apelaron a la soberanía ni a la seguridad nacional; en Cuba esa apelación constituye un mito establecido.

Las clásicas pudieron contar con una sociedad civil fuerte y movilidad física y social; en Cuba se reprimen los brotes de una sociedad civil y hay restricciones a todo tipo de movilidad.

En las clásicas el exilio es país ajeno y temporal pero vinculado a los procesos internos del país; para la mayoría de los cubanos el exilio es emigración y se le atribuye desconocimiento de la realidad en la isla.

En las clásicas había recuerdo de una experiencia política anterior; en Cuba hay que reinventar la república.

Ninguna de las clásicas tuvo que luchar contra mitos políticos sembrados y cultivados durante toda la vida del ciudadano y que se reforzaron con ecos desde el exterior; en Cuba revolución y caudillo son presencia y obligación absoluta, que increíblemente se refuerza

por cierta reverencia que aún llega desde el ámbito internacional.

Las clásicas tuvieron un suelo ético de sociedad civil diversa, claros referentes sociales, participación de las clases cultas y tradición reconocida; en Cuba hay que reinventar la ética durante el proceso político de la transición.

Sin embargo, en Cuba ocurren mutaciones ideológicas, culturales, sociológicas, económicas y políticas en grados diversos. Pero hay tres diferencias fundamentales:

- Las mutaciones se producen al margen de la influencia real de los movimientos democratizadores.
- No hay expresión contestataria significativa de la sociedad.
- Ocurren bajo la aparente continuidad del régimen político.

Por ello nadie puede estar seguro sobre el destino a que nos llevan estos acontecimientos. A pesar de ello los movimientos alternativos afirmamos que Cuba va inevitablemente hacia la democracia, y debemos seguir repitiéndolo, pero nadie lo puede demostrar.

En la economía hay un doble sistema con aparición de oligopolios conectados al poder político y que maniobran con este, y que en un cambio brusco podrían acceder al poder.

La sociedad desmerece su nombre porque se reprime toda asociación independiente y hay desmovilización de formas económicas y centros de producción. En política hay transformaciones pero sin cambios estructurales, ni tampoco en las relaciones de poder que siguen garantizando el control del país. Y este simple cambio de rostro está produciendo una relegitimación del poder a pesar del desgaste del modelo y de las figuras principales.

En esa situación de cambios periféricos y desconcierto no es tentador apostar por una violencia sin garantías de éxito, y los movimientos alternativos tienen una muy deficiente articulación social para lograr un cambio pacífico.

La oposición, por su parte, se enfrenta a varios dilemas:

- Dificultad de inserción social. Sólo representan valores, derechos y conceptos que no han nacido de sectores sociales, y así no logran el apoyo, ni el sostén, ni tampoco cuaja su representatividad.
- Teniendo que reinventar la política nacional se dieron a la tarea de definir su rostro ideológico, pero al pueblo le interesa más la solución de sus problemas que los debates. Por ello nuestra agenda implica la conciliación de ambos aspectos.
- Falta de conexión con intereses económicos por parte de la oposición interna, mientras que a los opositores del exilio se les atribuye una excesiva relación.
- Dificultades para el debate sobre el tipo de nación que queremos darnos. Internamente por la represión, y en el exilio por falta de contacto con la realidad. Se suma además algo que dificulta al mismo tiempo que conviene, y es la aparición de las doctrinas políticas que sectarizan el debate.
- Pobre comprensión en el exilio de posturas internas con críticas de barricada.
- Dificultad para inducirle al pueblo la necesidad de una alternancia política.
- Restablecimiento de la personalidad cívica del ciudadano que sustituya la queja inútil por la asociación para un cambio.
- Exigir la prioridad del debate entre Estado y sociedad, en lugar del diferendo entre Estados.

En medio de estas dificultades ¿cómo podremos lograr que la transición sea realmente en el sentido democrático? Es inevitable que debamos programarnos para que el resultado deseado ocurra más bien por una legitimación social que por derecho concedido.

ECONOMÍA

Las reformas económicas en regímenes como el de Cuba dependen fundamentalmente de la voluntad política del poder.

La crisis económica imperante en 1994 llevó al régimen cubano a realizar cambios coyunturales que no

eran suficientes para los enormes desajustes que existían, pero juzgó que eran los necesarios para la conservación de su poder. Dos años más tarde, en 1996, con pequeños logros ya en el bolsillo, el régimen hizo una contrarreforma, haciendo evidente la subordinación de todo a la conveniencia del poder político. Por ello no se puede tomar en serio que el régimen cubano esté empeñado en un proceso de reformas económicas.

Toda transición real implica definiciones claras de los fines que se persiguen, del período que abarcará y de las distintas etapas de que se compone, y es obvio que en Cuba no hay un proceso con esas características.

¿Cuáles serían los indicadores de que se procede a una reforma económica real en Cuba? Lo sería una modificación estructural en el régimen de propiedad que desprejuicie y desideologice esa área sensible de la economía. También lo sería el establecimiento definitivo de una economía de mercado con garantías para lo que se define como economía social. Estas serían pruebas indudables de que se regresa a la economía democrática, la pluralidad y la participación, garantizadas por el pleno ejercicio de las libertades públicas e individuales.

La tarea no es torear la crisis del modelo agotado, sino definir lo que se puede hacer desde la ética política para que se destraben los procesos económicos y fluya una economía saludable. Y como se sabe, esto depende más de las condiciones políticas del país que de las capacidades de la economía.

Por todo lo cual pensamos:

- Hay que preparar un escenario adecuado para la apertura de los espacios económicos a las negociaciones internas y externas.
- Hay que evitar la lógica de vencedores y vencidos balanceando los procesos y beneficios económicos.
- Es urgente divulgar las claves que regulan la globalización para que todos puedan aprovecharse de las opciones reales.
- Es inaplazable desatar la capacidad empresarial de los cubanos y su derecho al pleno ejercicio en la economía nacional.

- Es perentorio enfatizar la absoluta necesidad de un régimen legal apropiado para una apertura económica.

CULTURA

La cultura es esencial en un proyecto de transición pues a través de ella se adquieren los referentes posibles para el cambio deseado. En Cuba la cultura ofrece una interacción posible para la sociedad política y civil alternativa. Y en ella se definen y redefinen los conceptos éticos en que se basa la estructura social.

Vemos la cultura en tres dimensiones:

- Como esfera de producción creativa artística, literaria, etc., que crea símbolos.
- Como codificación de hábitos y conductas que busca una sana convivencia ética (civilización).
- Como conocimiento universal de las diversas esferas del saber y de la tradición cubana.

Las tres dimensiones están llamadas a influir en una transición, y a veces en modos insospechados.

La primera (o creativa) es la más importante porque la creación de algo nuevo apunta en la misma dirección que disenter de lo existente y buscar alternativas.

La segunda (código de hábitos y conducta) es clave porque no sólo elabora la solidaridad sino que afrontando y resolviendo la crisis concientiza la necesidad de alternativas.

La tercera (conocimiento de las esferas cubana y universal) nos conecta con la tradición que explica nuestro presente y ofrece una muestra universal de respuestas que nos ayudan a concebir lo alternativo.

A los intelectuales cubanos, no importa donde estén, les corresponde el rol fundamental en estas tres dimensiones.

DIFERENDO CUBA-EE.UU.

Está demostrada la importancia que las relaciones internacionales tienen para una transición política. Todas las conocidas han dependido del ámbito internacional en un grado mayor al que se ha reconocido. Como testimonio breve recordemos que en las de Europa del Este ha sido total.

El primer lugar, queremos aclarar que al decir que la transición en Cuba es un asunto de los cubanos, no debe entenderse que los cambios puedan divorciarse de las condiciones externas.

En segundo lugar, está la legitimidad mayor que debe tener una propuesta para poder derrotar una anterior, porque sin ella no se puede producir un cambio estable. Y en el caso cubano la legitimidad mayor para el cambio incluye reconocer la ilegitimidad de la política norteamericana hacia Cuba.

En tercer lugar, queremos recordar que los conflictos políticos entre Estados desactivan los conflictos al interior de los Estados. Este es un axioma sin excepción en la historia. Estos tres conceptos explican la situación cubana.

¿Por qué la política de EE.UU. hacia Cuba obstaculiza la transición? Porque es el único país con política exterior ilegal para lograr cambios democráticos en Cuba, que además ha sido ineficaz para los fines buscados, y ha venido ofreciendo un pretexto para congelar el debate interno y aplazar los cambios. Este conjunto impide que los agentes para el cambio puedan moverse de la periferia al centro del debate político.

Alcanzar, como se quiere, que sean los cubanos los que definamos nuestro destino, exige que no haya en el horizonte ningún poder externo que dicte pautas para nosotros. Como mínimo debemos demostrar que esas definiciones no tienen nada que ver con las

nuestras, y hacer saber esto es políticamente difícil dentro de un régimen totalitario.

Por su parte el régimen se acomoda en tres legitimidades. Las dos primeras, que son la educación y la salud, van siendo cada día más discutibles. Pero no así la tercera, que es su enfrentamiento a la política norteamericana, y que aún conserva su coherencia ante la opinión internacional.

Con esas legitimidades el régimen fundamenta un nacionalismo ideologizado por metas sociales positivas, y justifica un socialismo nacionalizado por fines históricos, que a pesar del fingimiento y la doble moral, mantienen una capacidad de movilización. Por ello la política norteamericana, que el régimen acusa de atentar contra la soberanía y la seguridad nacional, se convierte en un asunto interno, porque sirve para estructurar el discurso político del poder. Queda en pie, sin embargo, que son sólo los norteamericanos los que pueden determinar qué política exterior se sigue frente a otros Estados. Desde el interior de la isla no contamos con capacidad movilizadora ni peso específico, y nos es imposible influir para un cambio en la política norteamericana. Y el sector duro del exilio cubano, aunque con exageración de su poder real, aparece como promotor de la política actual.

La esperanza está en el apoyo creciente de la comunidad internacional que, con su crítica, ejemplo y creatividad, no sólo ayude a legitimar una nueva política norteamericana, sino también a crear un verdadero frente internacional que potencie nuestras capacidades al interior de la isla.